



"Procesión de la victoria" en Sevilla: Serrano Súñer porta la espada de San Fernando. Tras él, la Virgen de los Reyes.

# El Nacional-catolicismo

E. MIRET MAGDALENA

**V**ARIAS veces he insistido en estas páginas en la necesidad de analizar con la mayor objetividad lo ocurrido en España desde nuestra guerra civil para acá.

Ha habido quienes, con un gran afán de clarificación histórica, han contribuido a ello en la forma más diversa. Pero especialmente meritorias han sido —además de este libro— las pequeñas obras de Federico Sopena y Aurelio Orensanz (1), las confesiones religiosas de la colección "El credo que ha dado sentido a mi vida" (2), los trabajos últimos sobre el nacional-catolicismo (3) y las obras de mayor extensión de José Chao, R. Gómez Pérez, R. Comas, Petschen y Juan José Ruiz Rico (4), que no siempre han podido ser tenidas en cuenta en este trabajo, por ser muy recientes (5).

Sele a la luz este libro colectivo "Iglesia y Sociedad en España" (Ed. Popular), redactado por un conjunto abierto de clérigos acerca de la Iglesia en el franquismo, que recoge resumidamente —demasiado para mi gusto— los diferentes aspectos de la vida eclesial y su confluencia con la vida civil. La obra se ha hecho con la ayuda aportada por la *Fundación March*, y descubre la vida en la Iglesia entre 1939 a 1975, exponiendo sus formas de vida Fernando Urbina, y el papel de los obispos Antonio Duato. A continuación relatan Casimiro Martí, Enrique Martínez, Rafael Belda, José María Totousaus y José Bignardá el papel de la institución eclesial en las estructuras de la vida civil, sellando dibujada en estas páginas su fuerte impronta sobre nuestra vida política, así como en la evolución socioeconómica, en el sindicalismo vertical, en el sector escolar y en las relaciones jurídicas entre Iglesia y Estado.

Termina el tomo con un análisis de Rovira sobre dos imágenes distintas de Iglesia, y un trabajo de Rafael Belda, dando una visión prospectiva de lo que podría y debería ser el nuevo papel de nuestra Iglesia en la sociedad española del porvenir.

Junto con los libros y trabajos citados al principio, constituye esta obra colectiva una valiosa colección de trabajos, que forman un conjunto —lleno de datos y reflexiones—, que, por ser una visión abarcadora de muy diferentes aspectos de nuestra vida eclesial pasada, resulta así de utilidad práctica evidente, en comparación con algunas otras publicaciones acerca del tema.

La editorial obrera, que promovió la JOC española, y dirige el activo sacerdote Antonio Albarrán, tiene el mérito de haber publicado estos trabajos.

## La presentación

Hace unos días tuvo lugar una curiosa e infrecuente presentación del libro: el jesuita Alfonso Alvarez Bolado tuvo a su cargo la parte apologético-expositiva de lo que es esta obra, y al profesor Tierno Galván, que no ocultó desde el primer momento su condición agnóstica en el plano religioso, le tocó hacer un análisis crítico de la época que el libro representa, con una claridad y una agudeza que merecía haber figurado como un trabajo más dentro del elenco de sacerdotes autores de esta obra.

Tuvo el acierto Alvarez Bolado de recordar a Hegel y Bloch, señalando que la importancia de esta publicación se descubre por el esfuerzo de memoria inteligente que supone. Como esos dos grandes pensadores dijeron: "Los des-

memoriados no pasan al futuro". Si ahora quisiéramos olvidar toda la historia anterior —como pienso que quieren hacer nuestros obispos—, no conseguiríamos construir un porvenir satisfactorio. Nos hace falta la falsilla de lo pasado, para poder escribir el futuro sin ingenuidades. El gran temor que debe invadidos a los españoles —católicos o no— pienso yo que es el de volver a caer en los graves defectos que hemos padecido durante los cuarenta años de franquismo. La estructura religioso-política del nacional-catolicismo, que vivimos porque se nos impuso sin contemplaciones, ha dejado una huella inconsciente en el español, que puede surgir en cualquier momento nuevamente, aunque esté revestida externamente de otras galas diferentes, incluso irreligiosas. El absolutismo estático, las rígidas estructuras mentales que forjaron a cincel nuestros educadores nacional-católicos, no se vencen tan fácilmente. Y creo que no es raro encontrar ahora jóvenes pretendidamente revolucionarios, que han tirado por la borda todas las ideas y concepciones de nuestra religión hispánica de aquella época, pero conservan las mismas estructuras de fondo, deformando a veces hasta el marxismo que creen profesar, porque proyectan sobre él un telón de fondo rígido, que es el mismo que adquirieron durante su educación católica. En realidad han avanzado muy poco, porque no lavaron su cerebro de anteriores adquisiciones estructurales, sino solamente se liberaron de sus contenidos religiosos superficiales. Pero el peligro está en ese absolutismo rígido y sin dinámica alguna, que el catolicismo patrio les inculcó, como si fuese una marca de fuego impresa en sus mentes.

Lo mismo que ocurre, y más frecuentemente de lo que se cree, a algunos clérigos y seglares que se pretenden avanzados por su lenguaje y posturas publicadas, pero cuya clave de fondo sigue siendo el mismo afán dominador e intolerante de los católicos de antes, aunque suavizado externamente por una acción y un habla de aparente signo contrario.

Por eso es tan importante la lectura reposada, reflexiva, de obras como ésta, que pueden ayudar a superar ese peso negativo que dejó en muchos españoles el martillo educativo reiterativo de nuestros años nacional-católicos en escuelas, seminarios, publicaciones periódicas, libros y grandes medios de comunicación social.

## La restauración religiosa

El importante trabajo de Urbina —al cual casi me voy a limitar, por ser el que más podrá interesar al lector de TRIUNFO en un comentario resumen como el que aquí pretendo hacer— abre los ojos a un buen análisis de lo ocurrido en las diferentes etapas de esta reciente historia, que a continuación glosa a mi modo.

La primera, la de la *restauración*, abarca el período entre el año 1939 y 1950. Es el apogeo del nacional-catolicismo, que pretende introducir una versión barroca de lo católico, casi churriguera, añadida yo. Las grandes cifras, las espectaculares manifestaciones, los alardes clamorosos, los diltambos más exagerados, la tensión ilusoria, llegaron a límites de saturación en demasiados momentos de esta época pasada. En marzo de 1941 se daba cuenta en la revista *Ecclesia* de haber conseguido durante las misiones celebradas en Sevilla que se corrigieran más de treinta mil amancebamientos (*sic*), y que todos los presos de la cárcel, sin ninguna excepción, hubiesen comulgado. En Valencia, durante 1949 se reunieron para unas misiones religiosas populares doscientos mil quinientos fieles en la plaza del Caudillo (ni uno más ni uno menos). Cosa que vuelve a repetirse poco después —y con el mismo número— en Málaga. La *Acción Católica* es la gran organizadora de todo ello, en casi todos los lugares de España: es la "longa manus" de la jerarquía, los acólitos del episcopado español.

La devoción madrileña al *Cristo de Medinaceli* llega a su culmen: largas colas, que cubren varios kilómetros, se forman el viernes de su conmemoración, en la que están presentes "diversos ministros, altos funcionarios y diversas personalidades militares y civiles".

Se entroniza por todas partes el *Sagrado Corazón*, y se forma una gran peregrinación militar al Cerro de los Angeles, participando en ella cincuenta generales y mil quinientos jefes y oficiales, y asistiendo los tenientes generales Orgaz, Muñoz Grandes, Moscardó y Kindelán, junto con el almirante Carrero Blanco.

La *Virgen de Fátima* es paseada victoriosamente por los pueblos y ciudades de España en 1949, como colofón de todo este triunfalismo católico-español. José Pemartín había sido el ideólogo de esta explosión barroca, que propugnaba al terminar nuestra guerra

como la cosa más natural del mundo "el proselitismo religioso del Estado", y enseñaba que había que dar necesariamente "carácter oficial a estas extensísimas y populares manifestaciones del sentimiento básico nacional: el religioso".

El único que entonces levantó la voz, contra esta falsificación religioso-política de pacotilla emotiva sin profundidad racional fue el cardenal Vidal i Barraquer, quien avisaba al Papa en noviembre de 1939: "Da pena ver —decía este postergado e independiente jerarca de la Iglesia— cómo los obispos se prestan a hacer una religión patriótica a base de Misas de campaña, Tedeum, etcétera. Las tan de moda peregrinaciones al Pilar, más que formar al pueblo en la verdadera piedad, tienden a hacer ambiente de hispanidad". Y concluía: "Los que se precian de intelectuales no se sentirán muy inclinados a tomar la religión por cosa muy seria, pensando —por comparación— que no estarán mejor fundados otros hechos (más trascendentales)".

La *Acción Católica*, el brazo derecho

diente. La autocrítica, una nueva actividad pastoral y los movimientos seculares de apostolado empiezan a brotar aquí y allá en medio de dificultades e incompreensiones. La revista *Espiritualidad Seglar* (única de este tema, hecha y dirigida por seculares en Europa), y la *Cátedra libre Pio XII*, que reunía frecuentemente en la Universidad de Madrid entre el millar y medio millar de estudiantes, que escuchaban lo que era el marxismo, los movimientos obreros o la cultura católica extranjera, sin acento alguno de crítica negativa o patriótica, fue un oasis en medio del ambiente que todavía perduraba de nacional-catolicismo, aunque nunca supo comprender esta labor nuestra jerarquía eclesiástica, ni aún los estamentos más oficiales del laicado.

Es también la época de nuestros intelectuales católicos independientes, que empiezan a despegar, incluso públicamente, como Marías, Lahn Entralgo y Aranguren. Y en el que se produce el fenómeno de las *Conversaciones Católicas Internacionales*, de San Sebastián, de repercusión hasta fuera de nuestras



Obispos y canónigos, brazo en alto: una imagen habitual después de la guerra.

de la jerarquía eclesiástica en sus afanes hispanistas, se basó en "un modelo fuertemente unitario y verticalista", que fue mucho menos rígido en las *Congregaciones Marianas*, pero no por eso menos dominadas por el clero de la Compañía de Jesús. Se promovían los *ejercicios espirituales* en régimen cerrado (850.000 personas los hicieron en un período de diez años) y una versión reducida se propagaba por fábricas, talleres y oficinas, promovida por los patronos.

El clero aumentaba espectacularmente, y se levantaban grandes seminarios, que no saben hoy los obispos con quién llenar. Sus condiciones físicas eran malas en los primeros años de la posguerra, y el vacío intelectual era el clima natural que allí existía. Generalmente se suministraban en el refectorio lecturas del estilo de la *Historia de la Cruzada*, y en el mejor de los casos se preparaban —en el País Vasco, por ejemplo— sacerdotes totalmente aseptados a una verdadera inquietud social en nuestro país. Una atmósfera de invernadero era la que allí perduraba.

## El cambio religioso moderado

Hacia los años cincuenta brota muy timidamente una actitud más indepen-

deradas. O las más restringidas *Conversaciones de Gredos*.

La *Acción Católica*, en la que colaboramos algunos seculares y consiliarios más abiertos, se abre en la década de los sesenta a los problemas de la sociedad española, y empieza a incidir en las autoridades civiles planteando un primer comienzo de conflicto entre Iglesia y Estado.

Empieza a verse también una triste realidad: que la religiosidad ha sufrido una engañosa inflación, tras nuestra guerra civil, que ahora se convierte en deflación muchas veces. Sin embargo, en la época del Concilio —cuando empecé yo a escribir en TRIUNFO— se da una gran esperanza: hasta los más apartados de la Iglesia se interesan por el catolicismo conciliar, cuya versión, a través de las discusiones de los 2.500 obispos reunidos en Roma, llega a nuestras vidas como una novedad desconocida en este país, que permaneció cerrado a toda influencia exterior durante la posguerra. Una parte de nuestra prensa, aunque fuese pequeña en número, colabora a esta mentalización.

La *Asamblea Conjunta* del clero y de los obispos celebrada en 1971 da otro salto realista en medio de una gran crisis de desánimo que empieza a cundir dada la poca efectividad que tuvo el Concilio sobre las estructuras de nues-

tra Iglesia oficial. El 39 por 100 de los sacerdotes "no se encuentran seguros en teología, no ven las cosas con claridad", y al 45 por 100 le pasa lo mismo en el campo pastoral. Las vocaciones descienden a ojos vistas, pasando los seminaristas mayores de 8.201 en 1963 a 2.701 en 1972. Y en 1967 se produce también el desmoronamiento de la *Acción Católica* —y en general del apostolado secolar— por incompreensión de los obispos que recelan toda incidencia crítica del apostolado en la política franquista.

Así llegamos a nuestra situación actual posfranquista, de crisis deflacionaria clara, y en la cual no encuentra la Iglesia española un claro norte, ni su clero una identidad que pueda ser adecuada a la labor que los tiempos requieren.

## El pesimismo

Del grito triunfalista "*¡Católicos e imperiales!*", o del de "*¡Gesta Dei per Francos!*", hemos pasado a no saber muchos católicos —seculares, religiosos y sacerdotes— qué hacer cuando las bambalinas han caldo y al descubrir que no había gran cosa detrás de ellas. El germen de esta crisis queda patente que estaba precisamente en el falso planteamiento religioso de nuestra posguerra.

Por eso fue tan oportuna la intervención en este acto del profesor Tierno Galván, para contrapesar un esquema que venía todavía de dentro de la Iglesia y, por esta causa, tenía necesidad de ser complementado.

La Iglesia —nos recordó el profesor— ha luchado sólo en parte en nuestro país. Porque estaban todavía en pie las actitudes globales de la Iglesia, a pesar de estos islotes de crítica o de renovación.

La cultura barroca que invadió lo religioso en nuestra posguerra, convirtiendo el gesto religioso en gesticulación, pervirtió al catolicismo hispano. Los problemas se resolvían por genios, santos y mitos del pasado, cultivando con todo ello la ignorancia. La Iglesia española fue por eso culpable de degradación cultural y vital del pueblo español, cosa no tan nítida en las historias de la época que se habían construido hasta ahora. El aparente prestigio eclesiástico de aquel entonces fue ficticio, porque no se contaba con el silencio impuesto a la fuerza que callaba las

bocas; por eso hubo un oculto alejamiento acelerado —a pesar de todas las cifras triunfalistas de ese período— del pueblo respecto a la Iglesia. Y no sólo del pueblo de ignorantes, sino cada vez más de las clases medias, los burgueses cultos, los jóvenes y los obreros. Una Iglesia demasiado burocratizada poco podía prometer a estos estamentos más conscientes.

La Iglesia fue calificada como de "*cosa extraña*" por Alvarez Bolado, y el profesor Tierno Galván volvió a calificarla así, pero no a causa de su sobrenaturalidad, sino por su precariedad moral y su podredumbre en algunos casos.

Esa Iglesia que, al ser cómplice del Estado, se benefició por ello hasta económicamente. El "*comensalismo*" empezó a superarse —si bien insatisfactoriamente—, precisamente con el plan de estabilización y con el nuevo desarrollo activo de la economía.

Y la rectificación que aparece en la Iglesia al final del franquismo, no ha llegado todavía a fondo ni mucho menos. Podemos hacernos varias preguntas respecto al porvenir, ¿qué tipo de revisión hará nuestra Iglesia española? ¿Una revisión pequeño-burguesa? ¿Y la hará con la misma poquedad que la hace hasta ahora el Estado?

Se aprecian dos corrientes en la Iglesia de hoy: un movimiento eclesial —de seculares y clérigos— de protesta fundamental, pudiendo ser tal Iglesia un instrumento de cambio, y otro de hipocresía que quiere adaptarse, seguir viviendo y seguir medrando, pero más hábilmente que antes. Es la tentación que puede tener toda organización que esté demasiado inquieta por la perduración a ultranza de su situación. Tentación que podría alcanzar también a las fuerzas políticas actuales, o a algunas de ellas.

¿Cuál será el compromiso futuro de la Iglesia? ¿Un compromiso apacible? ¿O un testimonio eficaz de querer avanzar, y de cambio profundo?

El fenómeno de perversión y de burocracia de nuestra Iglesia, es genuino de España, porque es más característico aquí que en otros países. Eso es precisamente el peso muerto que la grava, y del cual será difícil desprenderse, aunque todos deseáramos que lo hiciera.

Reflexiones del profesor Tierno Galván —vertidas a mi modo— y, con las que estoy totalmente de acuerdo. ■ E. M. M.

## BIBLIOGRAFÍA

- (1) F. Sopena, *Defensa de una generación*. Madrid, 1970. Aurelio L. Orsanz, *Religiosidad popular española (1940-1965)*. Madrid, 1974. Muy utilizadas en el libro.
- (2) Me refiero en especial a las confesiones de García Escudero y a la mía propia en esa colección.
- (3) Puede leerse el trabajo publicado en *Tiempo de Historia*, sobre educación nacional-católica después de nuestra guerra (7/6 (1976), 4-21), y los artículos de Feliciano Blázquez, en la revista *Personas* en este año 1977, sobre la educación sexual en ese período, además de los utilizados en el libro comentado. Sobre libertad religiosa, el del pastor Morroy y el mío, *Religión e irreligión hispanas*. Valencia, 1976.
- (4) J. Chao, *La Iglesia en el franquismo*. Madrid, 1976. R. Gómez Pérez, *Política y religión en el régimen de Franco*. Barcelona, 1976. R. Comas, *El estado y las Iglesias por separado*. Barcelona, 1971. Elías Díaz, *El pensamiento español, 1939-1973*. Madrid,

1974. J. J. Ruiz Rico, *El papel político de la Iglesia católica en la España de Franco*. Madrid, 1977. A esto habría que añadir los volúmenes publicados durante varios años sobre España, *perspectiva*, en Editorial Guediana, que contienen documentados trabajos sobre la Iglesia de España en cada año.

(5) Una historia muy interesante para conocer este período es la de A. Sáez Alba, *La Asociación Católica Nacional de Propagandistas*. París, 1974, así como la reciente bibliografía en castellano y en francés sobre el Opus Dei. No se pueden dejar de estudiar también las obras de don Fernando Martín Sánchez-Juliá, como *Ideas claras*, y las del padre Angel Ayala, como *Formación de Selectos* y sus libros dirigidos a la juventud de entonces, así como los *Boletines* de la ACN de P., correspondientes al período inmediato a nuestra guerra civil. También sería grandemente interesante estudiar la lucha nacional católica contra el protestantismo español sobre lo que hay abundante bibliografía.